

## La tridimensionalidad de la heterosexualidad masculina: entre lo sexual, lo afectivo y lo racional

*The three-dimensionality of male heterosexuality: between the sexual, the affective and the rational*

Pablo Camacho, Fernanda Gandolfi, Laura Mercedes Oyhantcabal\*

Universidad de la República

pcamacho@adinet.com.uy, fer.gandolfi@gmail.com, mercedes.oyhant@gmail.com

DOI: 10.5281/zenodo.5544349

Recibido: 30/07/2021 Aceptado: 20/09/2021

**Resumen:** Este trabajo se propone analizar los principales hallazgos de una investigación sobre experiencias sexo-afectivas de varones cis heterosexuales adultos de las ciudades de Montevideo y Maldonado en Uruguay. Al aproximarnos a sus discursos desde una mirada etnográfica vemos que sus experiencias y subjetividades están atravesadas por el mandato de la heterosexualidad compulsiva que, aunque no sea sostenido activamente, aparece como un trasfondo permanente que configuran sus identidades masculinas, y que adquiere distintas características discursivas según el sector social al que pertenezcan los sujetos. En sus trayectorias sexo-afectivas los varones le adjudican a sus vínculos con las mujeres diferentes significaciones que se mueven entre las dimensiones afectiva, sexual y racional. Esta "tridimensionalidad" se configura de acuerdo a sus proyectos vitales y al lugar que le asignan a ciertas identidades femeninas.

**Palabras clave:** masculinidad, heterosexualidad, prácticas sexo-afectivas, performances.

**Abstract:** This paper aims at analyzing the main findings of a research on sex-affective experiences of cis heterosexual adult men from the cities of Montevideo and Maldonado in Uruguay. In the approach of their discourses from an ethnographic perspective, we see that their experiences and subjectivities are traversed by the mandate of compulsive heterosexuality that, even if it is not actively subscribed, it appears as a permanent background that configures their masculine identities. Furthermore, it acquires different discursive characteristics according to the social sector to which the individuals belong to. It is observed that in men's sex-affective trajectories, they assign different meanings to their ties with women, moving between the affective, sexual and rational dimensions. This "three-dimensionality" is configured according to their vital projects and the place men assign to certain female identities.

**Keywords:** masculinity, heterosexuality, sex-affective practices, performances.

\* Camacho es uruguayo. Lic. en Cs. Antropológicas, Universidad de la República. Gandolfi es uruguaya. Maestranda en Cs. Antropológicas, Universidad de la República. Diplomada en Antropología Social y Política, FLACSO, Argentina. Lic. en Ciencias Antropológicas.

Oyhantcabal es uruguaya. Doctoranda en Ciencias Antropológicas, Universidad de la República. Mag. en Estudios de Género y de las Mujeres, Universidad de Granada, España; Mag. en Literatura Comparada, Moderna y Poscolonial, Università di Bologna, Italia. Lic. en Cs. Antropológicas

Participan en el Programa de Investigación en Género, Cuerpo y Sexualidad de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

## 1. Introducción

El propósito de este artículo es discutir y analizar algunos de los hallazgos que surgen del proyecto de investigación “Prácticas, imágenes y significados de la sexualidad entre varones adultos”<sup>1</sup>. En dicho proyecto nos propusimos develar las características de la sexualidad en varones adultos cisgénero, heterosexuales; la relación de esta dimensión con la construcción de sus identidades de género; las imágenes e ideas sobre sus cuerpos; y las representaciones de la reproducción. Todo ello considerando distintos sectores socioeconómicos y procedencia territorial.

La estrategia metodológica implementada en esta investigación implicó el relevamiento de información a través de entrevistas en profundidad a varones de un rango etario de entre 22 y 45 años, pertenecientes a los sectores socioeconómicos bajo y medio-alto de las ciudades de Montevideo y Maldonado en Uruguay. Ubicamos a los entrevistados en dos grupos de edad: de 22 a 34 y de 35 a 45 años. Aunque para el proyecto se realizaron un total de 32 entrevistas –considerando que existiera un equilibrio entre los distintos grupos de edad–, para la realización de este artículo consideramos 20 de ellas por razones de relevancia temática. Respecto a los grupos etarios, es relevante mencionar que fueron delimitados previo al desarrollo de las entrevistas en el afán de observar si aparecía algún parámetro vinculado a lo etario que pudiera ayudarnos a evidenciar o explicar el impacto e influencia de cambios históricos, y a identificar continuidades en las concepciones vinculadas a la masculinidad y a la heterosexualidad. Asimismo, consideramos pertinente destacar que para llevar a cabo las entrevistas lanzamos una convocatoria que configuró un campo que no arrojó variabilidad étnico-racial debido a que todos los interlocutores se autoadscribieron como varones blancos. Esto hizo que no profundizáramos en esta variable como categoría analítica determinante a la hora de interpretar los datos.

<sup>1</sup> Esta investigación es uno de los sub-proyectos que integran el proyecto Grupos I&D “Entre el matrimonio igualitario y la reproducción asistida. Cuerpos sexuados, sexualidad y reproducción en el Uruguay del siglo XXI”, financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República en Uruguay y es ejecutado por el Programa Género, Cuerpo y Sexualidad – del cual Ixs tres autorxs formamos parte – perteneciente al Departamento de Antropología Social de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Udelar. En la etapa del trabajo de campo también colaboraron Emilia Calisto, Valeria Grabino y Franco Vignolo.

Debido a que las entrevistas se centran en dimensiones privadas y personales de los interlocutores, decidimos cambiar los nombres de los entrevistados con el fin de preservar su anonimato. Esto fue parte de un acuerdo ético de confidencialidad que consensuamos con los interlocutores en el momento de encuentro para realizar las entrevistas. Desde una perspectiva ética, consideramos el establecimiento de un conjunto de pactos que se fueron estableciendo entre quienes investigan y los interlocutores en el afán de proteger ambas partes en el proceso de investigación (Segato, 2004). De esta forma, lo ético se transforma en un elemento vivo que se va refundando en cada una de las relaciones establecidas en el campo y que se va moldeando en un acuerdo que se firma constantemente entre las personas involucradas, evitando las posibles consecuencias que pueda presentar el consentimiento informado (Camacho, 2020).

Desde una perspectiva antropológica, lo que buscábamos era analizar los discursos, representaciones y producciones simbólicas presentadas en los relatos de estos varones y los modos en que ellos significan y gestionan sus vínculos a partir de sus identidades de género. Entendemos que este tipo de instancias de investigación son oportunidades de construcción de conocimiento dialógico y colectivo, es decir, que se da en lo intersubjetivo. Esto se evidenció en las situaciones de entrevista, donde los interlocutores manifestaron que a través de las preguntas consiguieron tomar conciencia sobre ciertas actitudes y formas en que vivencian su sexualidad y sus vínculos. Estos escenarios posibilitan hablar de lo que en general no hablan, les permiten repensar y reflexionar en torno a sus prácticas. Entendemos que esto les abre la posibilidad de seguir repensando y de construir marcos de acción distintos que pueden ir deslegitimando o reafirmando ciertas tradiciones.

La información empírica fue interpretada desde el abordaje constructivista de la sexualidad que la herramienta teórico-metodológica de los guiones sexuales ofrece (Gagnon y Simon, 1973). Entendemos a la sexualidad como una práctica en la que los individuos se relacionan a partir de su habilidad interactiva. En ese relacionamiento aparecen conjuntamente materiales eróticos que son provistos por fantasías que circulan a nivel social, modos resolutivos propios de los dramas cotidianos y emociones muy íntimas que experimentan los sujetos. Estas tres dimensiones operan como guiones que las personas poseen para poner en marcha sus deseos eróticos. A partir de esos guiones, nos propusimos interpretar la incidencia de la masculinidad en sus experiencias sexuales y afectivas.

En este trabajo abordaremos el papel desempeñado por la sexualidad en los vínculos sociales y afectivos que los varones establecen con las mujeres. A su vez, se procuró identificar los aspectos de la sexualidad que inciden en la construcción de sus masculinidades. Para ello, se analizaron los discursos y prácticas de los varones desde una perspectiva tridimensional que incluye “lo sexual”, “lo afectivo” y “lo racional” como ejes distintos que interactúan y se entrecruzan a la hora de comprender los vínculos afectivo-sexuales que establecen con mujeres. Nos interesa visualizar en qué medida estos mapas categoriales nos hablan de sus masculinidades heterosexuadas. Con este fin, nos enfocamos en sus trayectorias afectivo-sexuales desde una perspectiva teórica que privilegia el abordaje constructivista de la sexualidad y que pone énfasis en entenderla como una actividad guionada (Gagnon y Simon, 1973).

Nuestro enfoque se inscribe en la antropología feminista. Partimos de la base de que vivimos en una sociedad regida por un orden jerárquico de género, donde los varones-cis heterosexuales ocupan un lugar privilegiado en la vida social, lo cual, entre otros ámbitos, guarda estrecha relación con el despliegue de su actividad sexual. Al respecto, es fundamental señalar que, aunque privilegiados, no están carentes de conflictos, mandatos e interpelaciones. Una comprensión antropológica de la temática nos dispone a observar que en sus propias narrativas muchos varones dan cuenta de constreñimientos específicos de género a la hora de vivenciar su sexualidad. Estos, siendo distintos a los de las mujeres, les imprimen exigencias concretas que consideramos están ligadas a la ponderación de lo viril. Por otra parte, es preciso tener presente la heterogeneidad de formas de ejercer la masculinidad; modelos en ocasiones contrapuestos donde la clase social ocupa un lugar relevante. Esta última hace que se vayan configurando realidades sociales complejas que deben ser comprendidas en profundidad y de forma interseccional. En este trabajo hemos privilegiado la noción de clase social como resultado del *habitus* de clase (Bourdieu, 2007), donde si bien las condiciones materiales de existencia ocupan un lugar preponderante, no resultan suficientes para definir el *habitus*. Por otra parte, nos interesaba indagar en las posibles diferencias entre los discursos y prácticas de los varones en este campo tridimensional que incluye “lo sexual”, “lo afectivo” y “lo racional” según la ciudad del país.

En definitiva, las subjetividades, situadas en contextos específicos, van acomodándose de maneras diversas a las disputas sociales que se construyen en relación con las identidades de género y de clase, con sus desigualdades intrínsecas.

## 2. De la masculinidad a las masculinidades: un recorrido que desemboca en la región latinoamericana

Desde diversas investigaciones (Connell y Mersersschmidt, 2005; Kimmel, 1997; Badinter, 1992; Bourdieu, 1998; Gilmore, 1999; Guttmann, 1999; Viveros Vigoya, 1997, 2002; Fuller, 2002 y Archetti, 2003; Olavarría, 2017) la masculinidad como campo de estudio ha ofrecido una rica variedad conceptual y analítica sobre las implicancias y significados en torno al ser varón en las sociedades occidentales y occidentalizadas. Ya sea desde la antropología o desde los estudios de género, se ha problematizado el hecho de que la masculinidad sea asumida como una performance evidente y naturalizada, lo cual la volvería incuestionable y universal.

A pesar del anclaje diferencial que pueden tener las identidades masculinas según su contexto, hay una serie de aspectos que los estudios clásicos sobre la masculinidad (Badinter, 1992; Connell, 1995; Gilmore, 1999) identifican como centrales a la hora de hacerse hombre, tomando prestada la expresión de Bourdieu (1998). La gestión del poder, el rol de proveedor económico, la violencia como mecanismo de demostración viril, el rechazo a la identificación con lo femenino y la heterosexualidad compulsiva (Guasch, 2006; y anteriormente Connell, 1995; Gilmore, 1999; Badinter, 1992) aparecen como algunos comportamientos característicos. Bourdieu (1998) afirma que la masculinidad nunca puede tomarse como dada, siempre es necesario estar demostrándola. Esto la aleja de la identidad femenina, que para el autor, no sería necesario alcanzar, sino que está dada por hecho.

Una de las propuestas centrales en los estudios de masculinidad que ha resultado fructífera para nuestra investigación es la noción de masculinidad hegemónica de Connell y Mersersschmidt (2005). Lxs autores consideran que dicho concepto alude a aquel modelo de masculinidad que está en una posición dominante frente a los otros. Estamos refiriendo a modelos, y no a identidades corporizadas, por lo cual tenemos en cuenta aquellas críticas que consideran que la noción de

CAMACHO, GANDOLFI Y OYHANTCABAL. «La tridimensionalidad de la heterosexualidad masculina: entre lo sexual, lo afectivo y lo racional».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 271-300

masculinidad hegemónica presenta modelos estáticos que no reflejan la realidad de los sujetos sociales.

Desde Cataluña, el sociólogo Oscar Guasch (2006) mantiene una línea similar y señala que la masculinidad es una relación de género que implica ciertos atributos y caracteres que son adquiridos en el proceso de socialización. En este sentido, la masculinidad no es una condición dada, sino un aprendizaje, una construcción, “una condición frágil que puede perderse” (2006 p. 16). El autor prefiere, entonces, hablar de masculinidades en plural con el propósito de romper con la noción de sujeto único y universal y enfatizar la diversidad de formas que, como construcción, adquiere en los distintos contextos y situaciones. Tanto la norma como las desviaciones a esta son parte del todo que engloba la masculinidad. Reconoce pues la existencia de jerarquías, identificando masculinidades hegemónicas y subalternas en manifestaciones plurales. En particular, la masculinidad dominante es entendida por Guasch (2006 p. 21) como una forma de complicidad entre varones que se basa en la exteriorización del sexismo, la misoginia y la homofobia, y que afecta tanto a quienes la suscriben o no, como a quienes la rechazan.

En nuestra región algunas investigaciones han vinculado la masculinidad con una variedad de dimensiones de la vida social. Algunos trabajos destacados en la tradición latinoamericana son los de Amuchastegui (2006 a), Archetti (2003), Vivero (1997, 2002), Olavarría y Valdez (1997), Olavarría (2002), Nolasco (1993), Olavarría y Parrini (2000) y Fuller (2002) ya mencionado. Estos estudios han aportado elementos para pensar los modelos de masculinidad tradicional y las relaciones de género en nuestro continente.

En sus vertientes vinculadas a los comportamientos socio-sexuales, las investigaciones sobre masculinidades gays en América Latina han tenido mayor producción académica en relación con las masculinidades heterosexuales. Algunos hitos han sido los trabajos de Sívori (2004) y de Meccia (2011, 2016) en Argentina, así como los de Parker (1998, 1999, 2002) en Brasil. Investigaciones como las de Fuller (2002) o Viveros Vigoya (2002) se centran en las experiencias afectivas y sexuales de varones heterosexuales teniendo en cuenta la procedencia de su sector social, por lo que constituyen importantes antecedentes. En nuestro país, Uruguay, entre algunas producciones desde la antropología, destacamos los

trabajos de Rostagnol (2003, 2011) sobre las casas de varones, espacios donde se refuerza la identidad masculina en oposición a lo femenino; y sobre el consumo de prostitución y su vínculo con las prácticas sexuales. Asimismo, junto a Dos Santos y Espasandín (2004), la autora ha trabajado sobre las experiencias de varones jóvenes de sectores pobres urbanos con respecto a la sexualidad y la regulación de la fecundidad.

Al margen de su orientación sexual, las prácticas sexuales masculinas aparecen marcadas fuertemente por la experiencia de género. Los discursos de nuestros interlocutores muestran que la masculinidad como orden de género y por lo tanto de la subjetividad, organiza la expresión, el deseo, las fantasías y sensaciones en la experiencia sexual. En coincidencia con lo señalado por Kimmel (2005), es la experiencia de género, y no la orientación sexual, la gran línea divisoria que produce sus prácticas afectivo-sexuales. No porque el género homogeneice dichas experiencias, sino porque a contrapelo de la creencia extendida de que es la orientación sexual la que más diferencia nuestras prácticas, el sociólogo estadounidense sostiene, a partir del relevamiento de una serie de investigaciones, que la diferencia en modos de relacionarse, en sentimientos vertidos y en la valoración de experiencias, se ve mayormente configurada por las identidades de género.

Como veremos, sin embargo, si bien el género configura las actividades sexuales de estos varones, no es el único anclaje desde el que las experiencias toman forma.

### 3. Sexualidad masculina entre la domesticidad y la indomabilidad: la incidencia de la heterosexualidad compulsiva en la construcción de las masculinidades

La incidencia de la heterosexualidad compulsiva en la construcción de la masculinidad es un elemento que aparece en varios de los relatos de nuestros entrevistados. Como ejemplo, lo vemos cuando algunos varones hablan sobre la infidelidad. Al hacerlo mencionan que suele provocarles cierta ansiedad el pensar en no poder ser fieles con sus parejas por verse tentados a consumir vínculos sexuales con otras mujeres por fuera del acuerdo monogámico. Esto puede ser interpretado como una especie de pérdida de control sobre sus propios impulsos en el sentido de que su deseo “puramente sexual” sería algo difícil de domar aún

queriendo respetar cierto acuerdo afectivo. En este sentido, esta idea tiene dos análisis posibles. Por un lado, no está deslindada del efecto que tiene la enunciación de ese hecho en sus subjetividades y por lo tanto en su constitución de género. Es decir, el solo hecho de mencionarlo los hace verse a sí mismos como confirmadamente varones, ya que se asevera la idea de que siempre tendrán, como mencionaba Jacinto<sup>2</sup> (Montevideo, sector medio-alto, 32 años), “una debilidad por las mujeres”. Al tiempo que dicha idea parece dotar de poder a las mujeres al convertirlos en débiles ante ellas, también reafirma su orientación heterosexual, lo cual está íntimamente ligado a la confirmación de una verdadera masculinidad. El varón verdadero es sumamente heterosexual.

“Si una mujer me encara, voy para adelante. No se puede dejar pasar la oportunidad”, señalaba Santiago (Montevideo, sector bajo, 27 años) al hablar del abordaje a mujeres con el propósito de encaminar un encuentro sexual. Lo expresaba como si el hecho de rechazar tener sexo con una mujer pusiera en duda su deseo y orientación sexual. Ser varón para él está asociado directamente a que le gusten las mujeres, algo que dejaba en claro una y otra vez a lo largo de la entrevista, como una asociación permanente e inevitable: ser varón es ser heterosexual.

En efecto, esta asociación no solo fue expresada por Jacinto y Santiago. Algo similar mencionaba Nicolás (Montevideo, sector bajo, 32) cuando indicaba que para él, ser varón tenía que ver con sentir atracción sexual hacia mujeres. O Rubén (Montevideo, sector bajo, 40 años) quien señalaba que cualquier vínculo con una mujer es potencialmente sexual porque el deseo hacia ella se torna ineludible. La sexualidad masculina es vivida y concebida como un impulso indomable producto de una naturaleza viril, pero además es considerada como necesariamente heterosexual. Es decir, ese impulso tiene una dirección precisa y única: hacia las mujeres.

Si tenemos en cuenta lo que apunta Kimmel (2005) en relación con la brecha sexual de género y las inequidades que esta provoca, la idea de sexualidad como impulso les brinda la posibilidad de deslindarse de toda responsabilidad sobre sus actos. Operando así como justificación ante cualquier práctica de infidelidad: “no

<sup>2</sup> En esta investigación se utilizan nombres ficticios para referir a los interlocutores con el fin de preservar el anonimato. Se incluyen, a su vez, detalles referentes a su procedencia geográfica, clase social y edad.

me pude contener”. En el plano estrictamente sexual, ellos suelen asociar sus propias performances y disposiciones sexuales a un terreno de lo “salvaje”, de los “impulsos”, que no consiguen controlar del todo. Al mismo tiempo, dichas asociaciones les proveen cierta autonomía en relación con la dominación de su sexualidad. Es decir, la existencia de una pareja estable, y sus intenciones de ser fiel a ese vínculo —al menos en el plano consciente—, no bastarían para lograrlo. En ese sentido, no logran ser direccionados por ningún agente externo hacia el camino que creen correcto —al menos discursivamente—.

Algunos discursos de estos varones coinciden con lo señalado por Fuller (1997: 145) cuando menciona que la sexualidad masculina es un terreno indomesticable que no puede limitarse a la vida matrimonial, y por lo tanto doméstica, ya que esto significaría dejarla bajo el control de una mujer, lo cual podría destruirla. Eric (Montevideo, sector bajo, 28 años) afirma esta idea al identificar que en el vínculo con las mujeres el hombre se torna dependiente de ellas debido al rol que cumplen en el espacio doméstico. Una dependencia que sería deseable no generar, para lo cual considera necesario transformar el rol que cumplen los varones al respecto. Él busca modificar o revertir esa dependencia porque la identifica como una forma de sumisión. El depender de otro, de una relación, lo coloca en un lugar devaluado. Como señala Almudena Hernando (2012) la identidad relacional es la que ha caracterizado históricamente a las mujeres y no a los varones.

A partir del análisis de los discursos de nuestros interlocutores nos queda claro que refieren a la sexualidad como un impulso y a la heterosexualidad como una práctica universal, una condición innata. Sin embargo, ya desde el psicoanálisis freudiano hasta investigaciones antropológicas más recientes puede evidenciarse que los comportamientos sexuales no funcionan como impulsos, sino que implican una construcción social en la que caben una diversidad de experiencias y que, en todo caso, algunas son presentadas simbólicamente como impulsivas. Como señalan Amuchástegui y Rodríguez (2006 b p. 89):

(...) la naturalización de la heterosexualidad y del modelo ‘volcánico’ de la sexualidad, ha proporcionado un marco de justificación ideológica para la desigualdad de género, la discriminación sexual y la violencia.

De la mano de esto figuran registros de sociedades donde la heterosexualidad no aparece como práctica dominante (Valcuende, 2006). La heterosexualidad no es innata, ni biológica, es una construcción que se nos ha impuesto como la forma sexual natural, ejemplar y moralmente aceptada. Esta se instaure como la norma, como el modelo hegemónico, fundándose en la compleja y peligrosa asociación: sexualidad-reproducción. La sexualidad como práctica reproductiva sustentará el binarismo sexual, la complementariedad de los géneros y el modelo de familia legítimo, observa José María Valcuende (2006) basándose en Catherine MacKinnon. La sexualidad se manifiesta como un dispositivo de control (Foucault, 2007); y la heterosexualidad aparece como la “gestión natural del deseo sexual” (Guasch, 2007: 45) para lo que necesita de un macho y una hembra, de un varón y una mujer, y de una orientación sexual concreta y direccionada.

Esta secuencia de asociaciones nos habla de lo que Judith Butler (2007) denomina “matriz de inteligibilidad heterosexual”, la cual refiere a las formas en que se organizan y leen los cuerpos en función del sexo. La distribución binaria de los sexos propia de nuestra sociedad hace que se establezca una continuidad entre sexo, género, deseo sexual y práctica sexual con el fin de que los cuerpos puedan ser leídos de forma estable y coherente bajo el imperativo de la complementariedad de los sexos (Oyhantcabal, 2019). En este sentido, la heterosexualidad además de constituirse como una práctica sexual puede entenderse como un sistema o, en términos de Adrienne Rich (1996), como una institución obligatoria que se entrelaza a otras para definir el destino y los roles de los sujetos en la sociedad. Monique Wittig (2006) prefiere hablar de la heterosexualidad como un régimen político que consolida dos clases diferentes y jerarquizadas de sexos, el masculino y el femenino.

La heterosexualidad, en tanto que sistema de gestión social del deseo, tiene cuatro características básicas: defiende el matrimonio y/o la pareja estable, es coitocéntrica y reproductiva, define lo femenino como subalterno y lo interpreta en perspectiva masculina, y condena, persigue o ignora a los que se apartan del modelo, a las sexualidades no ortodoxas. La heterosexualidad también es sexista, misógina, adultista y homófoba. (Guasch, 2007 p. 64).

En nuestro caso, preferimos tomar el término de heteronormatividad para referir a esta heterosexualidad sistémica, estructural y obligatoria, en el entendido de que

dentro de la heterosexualidad en sí se dan una diversidad de prácticas, muchas de las cuales no pueden ser categorizadas dentro de esa ficción normativa, ya que logran poner en cuestión los mandatos heterosexuales. Por más esfuerzo que se haga, las prácticas de los sujetos no se ajustan a la perfección a los modelos hegemónicos. Es decir, no podemos hablar de la heterosexualidad como una práctica concreta o un sistema homogéneo. Se actúan diversidad de formas heterosexuales que pueden ocupar lugares más nucleares o más marginales respecto a esas prescripciones sexuales, reproductivas y de género. Empero, en la línea anterior, sí sostenemos que la heteronormatividad, o la heterosexualidad compulsiva, es constructora de género, no se funda en él, sino que se entrelaza a él en el sentido de que este sistema obligatorio hace necesaria la existencia de una masculinidad y una feminidad.

A los aportes de Rich (1996), Wittig (2006) y Guasch (2007), Connell (1995) añadirá que este esquema se aplica de manera específica en los hombres. Lo apunta como una obligatoriedad disciplinada en sus cuerpos desde que son muy jóvenes y reconoce que el despliegue del placer erótico debe ser exclusivamente heterosexual. A partir del análisis empírico observamos que, desde una perspectiva de clase, aunque esta compulsión heterosexual atraviesa todos los sectores sociales, se manifiesta de forma más evidente y visible en los sectores más bajos. Aunque más solapada o cuestionada a nivel discursivo en los sectores medios y altos, la heterosexualidad obligatoria aparece de formas particulares que sería interesante revisar y comprender porque, a través de cuestionamientos o problematizaciones, nos podrían hablar de prácticas marginales o nuevos núcleos hegemónicos.

#### 4. Sexo pago: algunos anclajes de la identidad de clase en sus discursos

Los diferentes lugares que los varones entrevistados le asignan a las prácticas sexo-coitales, en tanto un impulso irrefrenable, pueden observarse a través de sus relatos sobre el consumo de sexo pago. Al respecto, es interesante destacar las diferencias que encontramos en relación con los espacios geográficos. Maldonado al ser una ciudad cuya actividad económica principal proviene del turismo tiene una presencia más marcada y visible de la prostitución y el sexo pago. Punta del Este como su balneario vecino principal es una de las ciudades más atractivas del turismo nacional e internacional en Uruguay. En comparación a Montevideo, los

relatos de varones de Maldonado respecto a las experiencias sexuales están más atravesados por la presencia y naturalización del sexo pago en sus vínculos afectivo-sexuales. Esto no implica que la prostitución no aparezca en los discursos de los varones montevideanos, sino que esta adquiere otras connotaciones que consideramos relevante dimensionar.

Varones provenientes de sectores pobres, como el caso de Santiago (Montevideo, 27 años), al conversar sobre ese tema lo expresan como un modo más de estar con una mujer que tiene que ver con la descarga y el desfogue sexual. Él menciona: “es para sacarse las ganas a veces uno, si no está con una mujer”. Sin embargo, en varones de sector medios-altos con un mayor capital cultural el relato de estos acontecimientos suele estar acompañado de una resignificación que hacen hoy con el pasar del tiempo. En general estas vienen de la mano de cierto nivel de problematización sobre el modo en que llegaban a, y atravesaban, dichas experiencias. Para Pablo (Montevideo, sector medio-alto, 32 años), por ejemplo, el sexo pago nunca llega a ser considerado como algo “lindo”. Hernán (Montevideo, sector medio-alto, 37 años) dice que el sexo pago no es “genuino”, y si bien por momentos niega haber sentido presiones del entorno, luego menciona que las presiones venían de sí mismo. Por su parte, César (Maldonado, sector medio-alto, 31 años), quien dice nunca haber consumido sexo pago, lo asocia a un estereotipo de masculinidad con el que él no se identifica. Cree que ciertos varones presumen de eso, y no entiende bien porqué, ya que es un servicio que se paga, por lo que no habría nada de lo que presumir. Podríamos leer esto como una concepción que encierra que es la conquista de una mujer el verdadero logro del que se debe presumir.

Lo interesante es ver cómo se cruzan aquí la acumulación de distintos capitales sociales y culturales, en donde el dinero o la habilidad de conquista se contraponen o se conjugan al servicio de la identidad masculina. En el relato de Santiago el pago aparece como un habilitante de la práctica del consumo de sexo:

E- Y las veces que consumiste sexo pago, ¿cómo fue la dinámica?

S- Con pago, yo estaba laburando.

E- Y ¿qué te llevaba a consumir sexo de una prostituta, de una mujer..?

S- No sé qué era, o sea, sería aprender cosas [se ríe] (...) Ellas saben lo que tienen que hacer, por algo trabajan en un lugar de esos, ¿no? O sea... a mí me daba cosa también, ¿no? Pero ta, después, agarraba plata e iba.

En el caso de Daniel (Montevideo, sector medio-alto, 32 años), él expresa que el no consumo de sexo pago genera cierto *status*, ya que no sería necesario intermediar dinero si se tiene la habilidad suficiente para la conquista. El dinero como mecanismo de consumo de sexo es menospreciado por algunos varones que pertenecen a sectores en los que pagar no implica una mayor dificultad. Sin embargo, en varones de sectores bajos la concepción no es la misma. La práctica de pago podría aparecer como una demostración de estatus económico, es decir, sería considerada como digna porque reforzaría el rol de supremacía económica en contextos en los que el dinero es más escaso. Asimismo, refuerza un comportamiento masculino que supone la acumulación de posiciones hegemónicas en los sectores subalternos (Blázquez, 2012). Esto nos dice que una masculinidad reforzada por comportamientos viriles y marcadamente heterosexual funciona como plataforma de base que provee de dignidad a ciertos sujetos en contextos sociales desfavorecidos.

El sexo pago también podría hablarnos de una mayor presencia, desde el punto de vista discursivo, de la heterosexualidad compulsiva en sectores subalternos, que contrasta con la apertura que hay hoy respecto a la sexualidad en sectores con mayor acumulación de capital cultural. Como lo plantea Fuller para los sectores de clase media acomodada en Perú, así como también en nuestro país aparecen estas diferencias entre sectores sociales de adolescentes (Gandolfi, 2020 y Calisto Gandolfi y Rostagnol, 2021); el cuestionamiento a comportamientos estereotipados sobre los géneros (como el consumo de sexo pago en los varones) puede significar estar a la vanguardia de algunas discusiones de época y mostrar una apertura que supone un refinamiento intelectual (Fuller, 2002) y funciona como fuente de capital simbólico.

Muchos varones no están por fuera de los múltiples impactos que provoca el avance de los feminismos en nuestro continente. En ese sentido, una masculinidad hegemónica, como han señalado Connell y Mersersschmidt (2005) guiados por la noción gramsciana de hegemonía, nunca es un fenómeno cerrado, pues se alimenta de elementos coyunturales que en apariencia discursiva pueden ser

emancipadores, pero que no los exime de continuar ejerciendo roles jerárquicos. Esto no supone que las transformaciones sean meramente declarativas. Sin embargo, adherir a discursos que cuestionan mandatos masculinos y patriarcales hace que muchos varones se repositionen en roles hegemónicos según sus entornos con los distintos capitales que circulan en ellos.

## 5. La sexualidad en los vínculos sociales y afectivos

Paul (Montevideo, sector medio-alto, 33 años) identifica que su preferencia en los vínculos está puesta en los espacios de afecto y cariño, por lo que no se define como alguien “muy sexual”. Esto lo llevó, en su momento, a consultar con un médico al resultarle “anormal” su situación. La experiencia relatada por él deja en evidencia que el ámbito de lo sexual se contraponen al de lo afectivo, y que este último no se corresponde con la virilidad, al punto que considera una anomalía el no sentirse muy sexual. No debe sorprendernos, ya que en varios estudios sobre masculinidad se ha planteado que una de las características del ser varón es apartarse del mundo de los afectos. Coincidimos con los planteos de Guasch (2006) cuando señala que las masculinidades dominantes entienden la cercanía con lo emocional como un síntoma de fragilidad. En el discurso de Paul se visualiza, asimismo, cómo el dispositivo de la masculinidad les imprime una serie de exigencias entre las que el impulso sexual forma parte. Percibirse carente o lejano de esa manifestación impulsiva y desenfrenada de lo sexual lo coloca en un lugar anómalo que requiere intervención médica para volver a encauzarlo (Foucault, 2007).

Resulta interesante cómo los varones son llamados constantemente a performar un género en el que la vinculación afectiva con mujeres es por momentos amenazante, y pone a prueba los propios límites de la masculinidad. César (Maldonado, sector medio-alto, 31 años) está en pareja hace 5 años y respecto a la actividad sexual con su compañera señala que siente que están en una “zona de confort” en la que suelen hacer siempre lo mismo. Él no está conforme con esa situación y se lo ha planteado, pero ella parece sentirse bien en relación a la práctica sexual que mantienen:

[ella] está tranquila con eso, porque de repente hace mucho tiempo que no lo sentía. Y yo que, por ejemplo, siempre fui bastante tranquilo, bastante quieto, bastante fijo a donde estaba y a las situaciones, me ha despertado como un... como una necesidad de cambiar, de probar cosas nuevas, de hacer cosas nuevas.

Esta experiencia de César parece coincidir con la caracterización que hace Kimmel (2005) sobre una “masculinización de la sexualidad” en la que los varones son más activos, ponen mayor interés en la experimentación sexual y suelen hacer, en comparación a las mujeres, una mayor distinción entre el comportamiento sexual y el amor. Lo mencionado por César se alinea a lo expuesto por Rostagnol (2011) al señalar que muchos consumidores de sexo pago expresan que lo hacen para tener experiencias sexuales distintas a las prácticas “monótonas” que tienen con sus esposas. Algo similar evidencia Oyhantcabal (2020) en su etnografía con mujeres heterosexuales, donde da cuenta de lo rutinario y previsible pero obligatorio que se torna la sexualidad en pareja.

Arturo, uno de los entrevistados de sectores medios-altos de Montevideo relata que debutó sexualmente a los 18 años con una compañera de la secundaria con la cual tuvo relaciones sexo-coitales solo esa vez, luego se vieron algunas veces más, pero no mantuvieron relaciones sexuales. Él señala que vivió la experiencia como una forma de resaltar su masculinidad, en donde se veía como un “macho alfa” por haber tenido relaciones con la “linda” de la clase. Sentía que debía pasar por esa situación sí o sí, tenía que atravesar ese rito que él vincula a “sacarse las ganas y ya está”. Al contarlo y objetivar la situación, ya lejana hoy día, recuerda que sintió mucha presión para hacerlo, presión que se ponía a sí mismo y que lo lleva a arrepentirse hoy. Además, destaca que “lo romántico” no estuvo presente en esa primera vez y recuerda tener miedo porque temía decepcionar a la chica por no saber qué hacer o no lograr controlarlo todo. El fracaso en el terreno sexual es una amenaza constante que se yergue sobre los varones.

Insistimos en que este contraste entre el orden de lo afectivo –denominado “lo romántico” o “el cariño” por algunos– se mantiene como una ficción de género que por momentos los varones desarman, pero que aparece como una matriz que constituye fuertemente sus subjetividades. Las mujeres se conciben como una herramienta al servicio de una serie de demostraciones de masculinidad para ellos mismos y para sus pares varones, pues en varias oportunidades relatan que en el momento de intimidad con ellas la presión, el avasallamiento y la necesidad de demostración son el gran motor de sus acciones en el marco de las relaciones sexuales.

## 6. Lo tridimensional de las experiencias afectivo-sexuales: lo sexual, lo afectivo y lo racional

### Lo sexual

Kimmel (2005) introduce la noción de “sexo no relacional” para señalar que la sexualidad aparece como algo central en la vida de los varones y, sin embargo, aislada de otros aspectos de su vida y sus relaciones. A pesar de que esta noción caracteriza la sexualidad de muchos hombres, en algunos entrevistados encontramos relatos que subvierten esta tendencia, o que al menos dan cuenta de que los varones pueden ponderar una sexualidad que no está aislada de emociones amorosas. Rubén (Montevideo, sector bajo, 40 años) expresa que él hace una gran distinción entre “hacer el amor y tener sexo”. Le da un lugar primordial a hacer el amor, ya que valora el hecho de atravesar un enamoramiento y considera que esto hace que se amplíe el límite de lo sexual a otras prácticas y sensaciones corporales que no serían las estrictamente coitales.

La oposición que hace Rubén entre hacer el amor versus tener sexo implica que lo primero es algo fluido, en donde no se precisa dar una buena performance que demuestre su virilidad, y que lo segundo es una actividad vinculada al rendimiento y al control de la impulsividad. Cuando se hace el amor hay un tipo de comunicación que supone cercanía y cariño y en la que no sería necesario demostrar habilidades o rendimiento.

En relación con esto, Kimmel (2005) reconoce que la sexualidad masculina suele estar asociada a un marco de éxito y logro, que a su vez considera la inexperiencia sexual como algo estigmatizante. Cuando decimos que algunos varones subvierten esta tendencia—que incluso aparece asociada a ciertos cambios en las subjetividades masculinas contemporáneas más “sensibles”—no ignoramos que igual persiste una noción de tener sexo que muchos suelen atravesar, y que, como señala Rubén, estaría menos asociada a lo vincular, al margen de que sea un modo específicamente masculino de vincularse.

Tener sexo aparece como una actividad corporal habilidosa y acumulativa que tiene un fuerte anclaje en una representación del cuerpo masculino como locus de fuerza y de cualidades morales que legitiman su dominación de género. Pablo

(Montevideo, sector medio-alto, 32 años), reconoce que los varones deben rendir sexualmente y eso es algo que le preocupa respecto a su sexualidad futura debido a que tuvo una operación en el pene. El pene en tanto representación del falo constituye el marcador de la dominación masculina (Rubin, 1975). Como señala Fuller (2002) el falo y la capacidad corporal son dos elementos que hacen al ser varón, por lo tanto, se viven con presión cuando no se consigue sostener la masculinidad en esos términos.

Muchos entrevistados entienden que los vínculos con las mujeres son potencialmente sexuales (Jónasdóttir, 2011), incluso cuando refieren a que las amistades con mujeres siempre presentan ese “peligro” de transformarse en “otra cosa”, haciendo referencia a una relación sexual. Esto nos recuerda a los planteos de Simone de Beauvoir (1949) que identificaba que las mujeres han sido históricamente reducidas a su sexo, como una dimensión de su persona que se superpone a las otras. Las mujeres son su sexo, aspecto que las condena a su subordinación y que necesitan trascender para liberarse de la opresión. Esta idea nos devuelve a la serie de asociaciones dicotómicas que ubica a las mujeres como más cercanas a la naturaleza y por tanto subordinables (Ortner, 1979). Rubén reproduce esta idea al concebir a las mujeres desde un vínculo meramente sexual y entender que tener sexo es el plano donde el varón demuestra su rendimiento, su potencia, su capacidad de dominación ante las mujeres. Para Pablo el vínculo con mujeres siempre está atravesado por una tensión sexual con la que él debe lidiar, o aprender a manejar, para poder mantener un vínculo de amistad.

Como lo menciona Fuller (2002), aunque la fuerza esté en apariencia alojada en la materia, debe ser constantemente demostrada, y así, una variedad de actividades culturales funcionan como dispositivos articuladores de la masculinidad, como plataformas que la forjan. Es el caso del deporte, que aparece como un modo privilegiado de trabajar el cuerpo, lejos de ser un simple juego, para la autora, el deporte es un dispositivo que produce cuerpos masculinos. Por lo tanto, la actividad deportiva como lógica relacional, fuera de los campos de juego, aparece reproducida también en ámbitos de la intimidad.

En estos encuentros que se viven expresamente desde lo sexual, el cuerpo, desde una perspectiva física asociada a lo deportivo, adquiere un rol más relevante que, sin embargo, al entrelazarse con lo afectivo pareciera perder tanta importancia. Tal

noción la expresa Paul (Montevideo, sector medio-alto, 30) cuando señala que al buscar mujeres con las que mantener un encuentro sexual de una noche se fija principalmente en lo físico, mientras que si es para un proyecto conjunto o un vínculo duradero hace hincapié en otros elementos como son sus logros profesionales y su personalidad. Para Pablo y sus amigos el cuerpo, desde una perspectiva estética es lo que despierta el placer y deseo sexual. El cuerpo femenino ideal es entendido como la belleza por antonomasia, como un modelo a perseguir cuando el encuentro es meramente sexual. Pablo señala que lo intelectual juega también un rol relevante, pero como estrategia de seducción para atraer y abordar a las mujeres. En estos casos el abordaje no es explícitamente sexual, pero sí lo tiene como intención solapada.

Pedro (Montevideo, sector bajo, 39 años) relata que siente una energía sexual que cree no lograr canalizar como desearía. Le gustaría tener más actividad sexual de la que en realidad tiene. Esto hace que se considere a sí mismo como alguien con poca experimentación sexual. A esto se suma que su iniciación sexual fue bastante tardía, a los 24 años, lo cual es presentado por él como un elemento negativo.

En investigaciones anteriores (Calisto, Gandolfi y Rostagnol, 2021) en la ciudad de Montevideo observamos que, entre jóvenes, tanto de sectores medios como de sectores populares, la acumulación de experiencias sexuales va sumando eventos que es deseable poseer en la biografía, sobre todo en función de futuras interacciones. En el caso del género masculino aparece además como un saber acumulado que es deseable que exista en tanto los varones son quienes mayormente protagonizan los avances y contactos, y performan un accionar sexual más activo que el de las mujeres (Heilborn, et al, 2006). Por otro lado, Oyhantcabal (2020) muestra que, en muchos casos, la valoración para las mujeres es inversa. Mujeres con una iniciación sexual temprana, una larga trayectoria sexual o una cantidad relevante de encuentros sexuales con varones se sienten consideradas como promiscuas y, por lo tanto, estigmatizadas por ello. Esto hace que sean mujeres deseadas para un encuentro sexual pero no para establecer una relación afectivo-sexual más duradera.

Siguiendo en la misma línea, Good y Sherrod (1997, en: Kimmel, 2005) argumentan que la experiencia “no relacional” de la sexualidad les permite a algunos adolescentes adquirir experiencias y perfeccionar habilidades, reduciendo

su curiosidad sobre diferentes parejas en el futuro. En este sentido, algunos entrevistados relatan en sus trayectorias experiencias sexuales que hoy día, y a la luz de la distancia, logran cuestionar y reconocen en ellas presiones desde sí mismos y el entorno que consideramos tienen que ver con la incidencia de la masculinidad en sus trayectorias sexuales. Como dijimos, el marco de las entrevistas etnográficas se presenta como un espacio de intersubjetividad que permite que ese otro nos presente su historia objetivándola. En estos recorridos vitales que los varones hicieron sobre sus experiencias sexuales, sus discursos fueron develando estructuras que organizan sus subjetividades y muestran que, aunque muchos relatos pertenezcan al pasado, siguen orientando su visión del presente (Bourdieu, 1999), incluso cuando ese pasado es pasible de ser cuestionado. De este modo, algunos entrevistados dan cuenta de haber atravesado por experiencias que les exigían cierto rendimiento, y en función de haberlo cumplido o no, es que también valoran sus prácticas actuales.

## Lo afectivo

Eric (Montevideo, sector bajo, 28 años) señala que en el marco del vínculo de pareja la convivencia y el diálogo son aspectos fundamentales. Deja a la sexualidad en otro plano, ya no es lo más importante, no aparece ocupando un lugar jerarquizado, sino que se coloca junto a otros elementos en un rol igualmente relevante. En este caso, no se tiene tan sólo sexo, la compañera afectivo-sexual ocupa un lugar distinto. Ya no es a quien hay que demostrarle la virilidad y experiencia sexual, sino que se la reconoce como sujeto apto para, entre otras cosas, “charlar” e intercambiar otros aspectos de la vida cotidiana.

Marcos (Montevideo, sector-medio alto, 36) siente que lo emocional en la mujer se hace cuerpo en una piel suave y delicada, pero también en un trato y una forma de entender el mundo que es propio de ellas. Para él, sexualmente las mujeres prefieren encuentros más refinados y suaves, mientras que los varones despliegan una sexualidad más directa y fuerte. Al respecto, Pedro (Montevideo, sector bajo, 39 años) señala que surge así en los varones la valoración del contacto con el otro cuerpo, de las caricias y los besos, el reconocimiento del encuentro corporal que se sucede. Oyhantcabal (2020) identifica que este es un elemento valorado por muchas mujeres a la hora de establecer tanto un vínculo afectivo-sexual como uno

meramente sexual, ya que hace que se sientan más reconocidas como sujetos, y así en mayor confianza y seguridad para expresar sus emociones, deseos y placeres.

La sexualidad masculina parece tener dos caras. Una en la que lo sexual aparece como elemento primordial que domina el encuentro con la otra persona y lo reduce a una mera exhibición de virilidad y potencia, como si el acto en sí operara como medio de verificación de la masculinidad. Allí la otra persona es simplemente el dispositivo para desplegar su sexualidad masculina. Otra que, en un desborde de afecto y emocionalidad, adquiere otros tintes que repositionan a ese varón y amplían el terreno de lo meramente sexual. Aquí la centralidad en la demostración de la masculinidad meramente a través de la práctica sexual disminuye, y se establece un diálogo con la otra persona, con la mujer, que pasa a ser reconocida como interlocutora y por lo tanto se le otorga un lugar en tanto sujeto.

En definitiva, “hacer el amor” habilita otras prácticas que se salen de la performance gimnástica y rítmica del movimiento coital, posibilita otras emociones y sensaciones corporales. Hacer el amor le da lugar a la dimensión afectiva, la cual introduce elementos vinculados al cariño, la compañía, la confianza y la contención, todos ellos valorados en el proyecto de construcción de una pareja. Empero, la eyaculación, como manifestación individual del goce y el placer, sigue ocupando un lugar de relevancia para el varón, como expresa Pedro. En este sentido lo relacional no diluye lo individual.

Hernando (2012) identifica que la subjetividad masculina se ha caracterizado por motivar una identidad individual, enfocada en sí misma, en un Yo nuclear. En oposición, las subjetividades femeninas se han abocado a una identidad relacional, siempre en vínculo con unx otrx.

Es resultado de un proceso histórico, no planificado ni consciente, en el que a medida que los hombres iban desarrollando la individualidad, depositaban en las mujeres la responsabilidad de garantizarles a ellos los vínculos afectivos y el sentido de pertenencia al grupo, sin los cuales no hubieran podido sentirse seguros (Hernando, 2012 p. 1).

La mujer, indica Pedro, es quien está ahí para contener al varón; para sostener y posibilitar su condición de individualidad, diría Hernando.

Marcos se reconoce como un sujeto “muy emocional”, lo cual lo hace sentir menos masculino. Como vimos, lo femenino es vinculado a lo emocional, a la sensibilidad, al sostén afectivo, por lo que coincidimos con Guasch (2006) cuando muestra que la cercanía a lo femenino en los varones es vivido como una amenaza que conduce a la pérdida de su condición masculina. Paul (Montevideo, sector medio-alto, 33 años) indica que es la relación con una mujer la que le estabiliza el camino porque, al ser más comprensivas y sensibles, le permiten abrirse en confianza desde un lado emocional. Entonces, son las mujeres, con su feminidad, las que traen el aporte emocional necesario en la vida en pareja. Sin embargo, ese es un aporte de lo femenino que no “debería” vivir ni expresarse en lo masculino, sólo consigue manifestarse a través de lo femenino. “El amor de la vida”, menciona Pablo (Montevideo, sector medio-alto, 32 años), tiene que ver con el compartir, con el compañerismo. Pareciera que los espacios de sostén, afecto y cariño trasladan lo sexual a otro plano y hasta por momentos se muestran como dos esferas antagónicas. Desde una perspectiva de pareja, lo sexual ya no aparece como elemento determinante en el vínculo con las mujeres.

Lo sexual y lo afectivo se muestran en sus relatos como dimensiones enfrentadas, dicotómicas. Marcos (Montevideo, sector medio-alto, 36 años) identifica que las prostitutas pierden su rol de mujeres, ya que desplazan lo afectivo para abocarse plenamente a lo sexual, a lo carnal, un espacio que en realidad le corresponde al hombre. Y siguiendo en esa línea, habla de la importancia de hacer entrar en razón a aquellas amigas que se separan de sus parejas y que en el “despecho mantienen relaciones sexuales con cualquiera”. En estas nociones dicotómicas donde cada género parece encarnar una de las dimensiones, lo masculino asociado a lo sexual y lo femenino a lo afectivo, el entrecruce de las dimensiones cimienta la noción de complementariedad heterosexual al posibilitar la relación de pareja, pero el intercambio de las mismas en los roles de género conduce a la pérdida de la condición de género. El varón pierde su estatus de masculinidad al desarrollar su dimensión más emocional y afectiva, así como las mujeres pierden su condición al entregarse a lo meramente sexual sin afecto. Ciertas prácticas parecieran degenerar los cuerpos.

Otro aspecto interesante, que identificamos que la dimensión afectiva introduce, tiene que ver con la pérdida de deseo sexual, algo que para Paul (Montevideo, sector medio-alto, 30 años) es vivido como un problema que merece consulta

médica. Cuando no aparece la sexualidad desplegada desde una performatividad asociada a lo impulsivo, a la manifestación de una potencia viril, la propia masculinidad se vive como amedrentada. “¿Es normal que un varón no se defina como un sujeto sexual?”, se pregunta Paul. ¿Será que la sexualidad masculina termina reduciéndose a una mera demostración de virilidad?, ¿hace la dimensión afectiva que se diluya ese imperativo?, ¿por qué la identidad relacional termina mermando la posibilidad sexual? La etnografía de Oyhantcabal (2020) muestra que, nuevamente, para muchas mujeres el problema parece ser el opuesto. La insistencia en lo sexual por parte de los varones, desplazando otras manifestaciones eróticas y afectivas, las induce en una presión por tener que acceder a mantener relaciones sexuales de formas que no les generan deseo real ¿A quién, en realidad, le demuestran los varones su potencia sexual cuando esta no es disfrutada ni deseada por la contraparte?

## Lo racional

Otra de las dimensiones que los varones ponen en juego cuando hablan sobre sus vínculos con mujeres es la de la racionalidad. Esta faceta adquiere mayor importancia cuando se refieren a parejas estables, a lo que buscan en ellas, y a cómo la planificación y los proyectos comunes son perseguidos desde una construcción más consciente, que se diferenciaría de la búsqueda del deseo erótico y el placer sexual.

Santiago (Montevideo, sector bajo, 27 años) marca que la idea de tener hijos no le desagrada, aunque antes necesita conseguir un trabajo que le permita tener la estabilidad económica necesaria para formar una familia, pero hace la salvedad que no tendría hijos con una mujer con la cual establece una relación ocasional. Se realiza nuevamente una separación entre la relación sexual —donde la personificación de la mujer se desdibuja— y el hacer amor —donde la mujer es asociada a las nociones de familia y de madre—. Esto, como ya vimos, es compartido por Paul (Montevideo, sector medio-alto, 30 años) para quien en el caso de una mujer con la cual se tiene sexo lo importante es lo físico, mientras que cuando piensa en una relación a largo plazo desplaza lo físico como primordial para incorporar otros planos vinculados a los objetivos y logros personales y profesionales, a la superación personal y a las formas de pensar de la otra persona.

Se evidencia una división en los relatos. Por un lado, aparecen mujeres para tener relaciones sexuales, por otro, mujeres con las que se establece una familia, con base en una racionalidad que tiene que ver con poder proyectar la construcción de una unidad doméstica tradicional y heteronormativa. El vínculo estable se basa en la personificación de la mujer con la que se entabla la relación, abriendo espacios a su subjetividad, es decir, a su pensar y actuar.

El vínculo sexual puede quedar de lado, como lo marca Eric (Montevideo, sector bajo, 28 años), quien menciona que con una pareja estable le da mucha importancia al diálogo y la comunicación, colocando al sexo como algo que, con el tiempo, “pierde importancia”.

Esta racionalidad condiciona la idea del amor. Pablo (Montevideo, sector medio-alto, 32 años) plantea que la pareja está marcada por el compartir y la posibilidad de proyectarse juntos. El afecto se conjuga con la admiración que tiene por la forma en que su pareja logra sobrellevar su vida. Pablo narra que le fue infiel a su pareja, pero afirma que lo hizo sin pensar, llevado por el alcohol. Esto provocó que se aleje de su propia idea racional del vínculo y poniendo en peligro la continuidad de la relación monógama. La infidelidad aparece en él como una práctica no racional, no meditada, que pone en riesgo el sostén de un proyecto vincular que engloba dimensiones diversas, desde el acompañamiento hasta el sostén doméstico y profesional. Es decir, en el caso de Pablo vemos cómo se produce una distancia entre el deber ser y el ser, en donde él refiere al alcohol como un desencadenante que rompe con la dimensión racional, realizando así una división entre lo sexual (vinculado a lo instintivo, lo salvaje, la sinrazón), y lo racional; esto último caracterizado por elegir una pareja donde lo sexual queda en un segundo plano por sobre la idea de planificar un futuro. La pareja, asociada a la figura de mujer madre-esposa cuidadora y sostenedora del núcleo doméstico, colabora con el establecimiento de una relación monógama que le trae orden a su vida. Esto entraría en el terreno de lo racional, el cual por momentos se muestra amenazado por la aparente “indomabilidad” de lo sexual, fomentada, o no, por el consumo de sustancias.

En definitiva, en la línea de lo que señalaba Hernando (2012), la mujer es concebida como elemento ordenador que viene a estabilizar el “caos” que caracterizaba la vida del varón. Un caos muchas veces vinculado al consumo de

sustancias, al divertimento, a la seducción y conquista sexual de mujeres, a la impulsividad sexual, y hasta a veces a la inestabilidad laboral y emocional. “Cuando empecé con ella, empecé a encarar en muchas cosas” presenta Pablo cuando describe la relación con su pareja.

Esta idea de “empezar a encarar” coloca a la relación con su pareja dentro de ámbitos de fidelidad y la formación de una familia tradicional donde el hombre es quien debe dejar el salvajismo de los excesos para volverse el principal proveedor de bienes materiales. Al decir de Marcos (Montevideo, sector medio-alto, 36 años), el hombre es quien debe “mantener el hogar”, ya sea en un vínculo de pareja o familiar. Al momento de mantener un vínculo estable la dimensión material lo interpela, ya que su profesión es inestable y no lo deja tener un sostén económico confiable. Resalta que su última relación se vio truncada por la imposibilidad de traer un ingreso fijo a su casa en la que vivía con su pareja, situación que comenzó a provocar malestar vincular al “no cumplir con las expectativas” de su pareja.

En algunos relatos, la vida de soltero, mientras no se tiene una pareja estable, está marcada por los excesos. Sin embargo, al iniciar una relación se da un orden en donde con el establecimiento de un vínculo estable y monógamo, se intenta aminorar el consumo de sexo, drogas, fiestas y alcohol, ya que son todos elementos que pueden introducir conflicto en la relación. Algunos varones se ven a sí mismos representados por esa dimensión “salvaje”, mientras que la mujer civiliza los espacios de excesos. La mujer adquiere un papel organizador y estabilizador en estos discursos, y es vista como generadora de cambios en la vida de excesos del hombre. La mujer, a su vez, es asociada a una figura maternal, como señalan Pedro (Montevideo, sector bajo, 39 años) y Eric cuando refieren al vínculo de sus padres como modelo para establecer una relación afectivo-sexual y para asumir roles correspondientes a cada género.

## 7. Conclusiones

El análisis del material empírico nos permitió dar cuenta de la incidencia de la heterosexualidad obligatoria como una institución que generaliza, potencia y reafirma la masculinidad y que necesita de ella para establecerse. Observamos que esta se evidencia discursivamente con mayor claridad en varones de sectores bajos, donde los mismos buscan reafirmar constantemente su condición heterosexual

como un aspecto que les da mayor *status*. Esto no significa que no se manifieste en varones de sectores medios-altos. En estos casos, notamos que por momentos los discursos en apariencia más abiertos y tolerantes con la diversidad sexual otorgan capital simbólico. Sin embargo, la declaración de los mismos haría parte de una otra versión de masculinidad hegemónica que no necesariamente pone en cuestión la ejecución de roles jerárquicos en los vínculos afectivos-sexuales y que no garantiza la no subalternización de otras formas de masculinidad. En lo que a lo etario refiere, observamos que a grandes rasgos las personas más jóvenes parecen estar más cercanas y tener considerablemente más naturalizadas los discursos vinculados a los derechos de género y a los sexuales y reproductivos.

Sin embargo, esto no nos permitiría hablar de rupturas o cambios significativos a nivel generacional, ya que en lo relativo a la sexualidad y al género se siguen identificando grandes continuidades respecto a discursos más tradicionales y hegemónicos. En definitiva, podríamos decir que la clase es un factor más determinante que la edad a la hora de identificar estos cambios en las concepciones y performances asociadas a la masculinidad y a la heterosexualidad.

Otra de las dimensiones que abordamos tiene que ver con el rol que juega el sexo pago en la construcción de masculinidad. Al respecto, apreciamos que la localización geográfica es un aspecto relevante que le da una mayor cercanía, aceptación y naturalización al consumo del sexo pago. Nos referimos a los varones de Maldonado, quienes en sus discursos dejaban entrever la importancia que tenía la prostitución en sus trayectorias de vida debido al rol que la misma tiene en la actividad económica que caracteriza este lugar. Por otro lado, destacamos que, nuevamente, la clase social dota de significados diferentes a esta práctica. En los sectores más bajos se aprecia como una demostración de estatus económico y virilidad, mientras que en los sectores medios-altos es problematizada, no simplemente desde aspectos éticos o morales, sino porque significaría una necesidad de pago por la imposibilidad de “conquista” por medios propios, lo cual hablarían de una mayor habilidad masculina.

Al analizar el rol que juega la sexualidad masculina en el establecimiento de vínculos afectivo-sexuales con mujeres, la perspectiva tridimensional que incluye lo sexual, lo afectivo y lo racional nos fue útil en tanto reflejó las distintas categorías que los varones manejan en sus imaginarios y experiencias sobre las mujeres. En relación con lo sexual vimos que la noción de destreza corporal, éxito y rendimiento atraviesa la performance que los varones despliegan en su actividad

sexual. Esto se vio iluminado por la idea de “sexo no relacional” a la que alude Kimmel (2005), que trasluce el modo en que algunos varones pueden escindir la actividad sexual del afecto u otro tipo de emociones vinculadas a relaciones de corte amorosas. Además, la dimensión sexual también es relatada por los varones como un impulso difícil de controlar que algunas veces interfiere en proyectos monógamos que no desean entorpecer. Esta dificultad para controlar ese deseo erótico algunas veces los justifica de incurrir en una infidelidad por cometer prácticas que serían de un orden “incontrolable”, al tiempo que refuerza sus masculinidades viriles a través de una heterosexualidad compulsiva que las caracteriza.

Respecto a lo afectivo, observamos que esta dimensión amplía la dimensión sexual habilitando otras posibilidades de encuentro y relacionamiento socio-sexo-afectivo. Disminuye, a su vez, los imperativos de masculinidad asociados a performances sexuales atadas a la demostración de potencia y virilidad. En algunos casos la afectividad aparecía como inhibidor de lo sexual, o como dimensión antagónica que desplaza a lo sexual del lugar primordial. Por último, en lo que tiene que ver con lo racional, observamos que es una dimensión asociada a proyectos de largo plazo y planificación de una vida más “ordenada”. Ese orden tiene que ver con que la pareja monogámica heteronormada otorga una estabilidad emocional, económica y laboral y se vincula con un buen comportamiento desde el punto de vista moral, que no caería en excesos de diversos tipos. Asimismo, esta es una dimensión que se distingue de un comportamiento más “salvaje” muchas veces asociado a lo sexual y a un intento desenfrenado de conquista y seducción de mujeres. La imagen de la mujer queda vinculada entonces a la de organizadora, cuidadora y garantizadora de una estabilidad, es quien viene a disciplinar el caos previo y que colabora en la gestión de una vida más equilibrada.

Para finalizar señalamos que este no es de ningún modo un campo cerrado. Estas reflexiones nos abren varias líneas de investigación para seguir abordando y profundizando sobre los modos en que la clase social y el anclaje territorial se articulan con la configuración de la sexualidad masculina. Además, es necesario seguir profundizando sobre las diversas configuraciones que adquiere la subjetividad masculina en el despliegue de las prácticas heterosexuales y el rol que continúa jugando la idea de complementariedad de los géneros como mecanismo emocional y práctico en el marco de vínculos heteronormativos, sobre todo a la luz de las transformaciones actuales.

CAMACHO, GANDOLFI Y OYHANTCABAL. «La tridimensionalidad de la heterosexualidad masculina: entre lo sexual, lo afectivo y lo racional».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 271-300

## Referencias

Amuchástegui, Ana (2006. a) “¿Masculinidad(es)?: los riesgos de una categoría en construcción”. En: Careaga, Gloria; Cruz, Salvador (coords.), *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. PUEG/UNAM, México.

Amuchástegui, Ana; Rodríguez, Yuriria (2006. b) “La sexualidad: ¿invención histórica?”. En internet: [https://www.icmujeres.gob.mx/wp-content/uploads/2020/05/S\\_01\\_05\\_La-Sexualidad.pdf](https://www.icmujeres.gob.mx/wp-content/uploads/2020/05/S_01_05_La-Sexualidad.pdf) (Consultado Julio 2021)

Archetti, Eduardo (2003) *Masculinidades. Fútbol, Tango y Polo en la Argentina*. Antropofagia, Argentina

Badinter, Elizabeth (1992) *XY, de l'identité masculine*. Ed. Odile Jacob, Francia

Blázquez, Gustavo (2012) *¡Bailaló! Género, raza y erotismo en el Cuarteto Cordobés*. Trabajo de Tesis Doctoral por el Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social. Museu Nacional, Universidad Federal de Rio de Janeiro.

Beauvoir, Simone de. (2017) [1949] *El segundo sexo*. Debolsillo, Buenos Aires, Argentina.

Bourdieu, Pierre (1998) *La dominación masculina*. Anagrama, España.

Bourdieu, Pierre (1999) *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica, Argentina.

Bourdieu, Pierre (2007) *El sentido práctico*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Butler, Judith (2007) *El género en disputa*. Editorial Paidós, España.

Calisto, Emilia; Gandolfi, Fernanda; Rostagnol, Susana (2021) *Exploraciones, perplejidades, devenires. Una etnografía de la socialización sexual de adolescentes*. En prensa, Montevideo, Uruguay.

Camacho, Pablo (2020). ¿Nada que decir, nada que hacer? Reflexiones ético-metodológicas sobre las relaciones de campo con un grupo de reacción. En *Revista Uruguaya de Antropología*, 2020.

Connell, Raewyn and Messerschmidt, James (2005). “Hegemonic masculinity: rethinking the concept”. En: *Gender and Society*, 19 (6). Pp. 829-859.

Connell, R. W. (1995) *Masculinities: knowledge, power and social change*. University of California Press, Gran Bretaña.

CAMACHO, GANDOLFI Y OYHANTCABAL. «La tridimensionalidad de la heterosexualidad masculina: entre lo sexual, lo afectivo y lo racional».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 271-300

Foucault, Michel (2007) [1976]. *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Siglo XXI Editores, México.

Fuller, Norma (1997) “*Fronteras y retos: varones de clase media del Perú*” en: Olavarría, A. José y Valdés, Teresa (eds.) *Masculinidad/es, Poder y Crisis*. pp. 139-152. Isis-FLACSO Chile, Santiago de Chile.

Fuller, Norma (2002) *Masculinidades. Cambios y permanencias*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú.

Gagnon, John; Simon, William (1973) *Sexual conduct. The social sources of human sexuality*. Aldine Publishing Company, Estados Unidos.

Gandolfi, Fernanda. (2020) “Sexualidad y clase: contra la cultura como expresividad. La distinción moral en la sexualidad y afectividad de jóvenes montevideanos”, *Etnografías Contemporáneas*, vol. 6, n° 11, pp: 8-35.

Gilmore, David (1999) *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Paidós, España.

Guasch, Oscar (2006) *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva de género*. Ediciones Bellaterra, España.

Guasch, Oscar (2007) *La crisis de la heterosexualidad*. Editorial Laertes, España.

Gutmann, Matthew (1999) “Traficando con hombres”. En: *Horizontes Antropológicos*, Porto Alegre, año 5, n. 10, p. 245-286.

Heilborn, Maria; Aquino, Estela; Bozon, Michel; Knauth, Daniela [Orgs.] (2006). *O aprendizado da sexualidade: reprodução e trajetórias sociais de jovens brasileiros*. Garamond, Brasil.

Hernando, Almudena. (2012). “Sobre viaje, individualidad y género”. En: *La línea del horizonte*. En internet: <http://lalineadelhorizonte.com/revista/sobre-viaje-individualidad-y-genero/> (Consultado Julio 2021)

Jónasdóttir, Anna (2011) “¿Qué clase de poder es ‘el poder del amor’?” en: *Sociológica*, 26 (74). Pp. 247-273.

Kimmel, Michael (1997) “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”. En: Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.) *Masculinidades. Poder y crisis*. Isis-FLACSO Chile, Chile. Pp. 49-62.

Kimmel, Michael (2005) “Gendering Desire” en: Kimmel, Michael. *The gender of desire: essays on male sexuality*. pp: 3-23- State University of New York Press, Albany.

CAMACHO, GANDOLFI Y OYHANTCABAL. «La tridimensionalidad de la heterosexualidad masculina: entre lo sexual, lo afectivo y lo racional».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 271-300

Meccia, Ernesto. (2011). *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*. Gran Aldea Editores - GAE. 2011, Buenos Aires.

Meccia, Ernesto. (2016). *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia* (1ª edición). Ediciones UNL - Universidad Nacional del Litoral.

Nolasco, Sócrates (1993) *O mito da masculinidade*. ROCCO, Rio de Janeiro.

Olavarría, José; Parrini, Rodrigo (eds.) (2000) *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Primer Encuentro de Estudios de Masculinidad. FLACSO-Chile/Universidad Academia de Humanismo Cristiano/Red de Masculinidad, Santiago, Chile.

Olavarría, José y Valdés, Teresa (1997). *Masculinidad/es, Poder y Crisis*. Ediciones de las Mujeres. FLACSO-Chile, Chile.

Olavarría, José (2002) “*Hombres y sexualidades: naturaleza y cultura (castrar o no castrar)*”. En: Olavarría, José y Moletto, Enrique (eds.) *Hombres: identidad/es y sexualidad/es*. 3er Encuentro de Estudios de Masculinidades. Red de Masculinidad/es, UAHC-FLACSO, Santiago de Chile pp. 13-27.

Olavarría, José (2017) *Sobre hombres y masculinidades: ponerse los pantalones*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile.

Ortner, Sherry (1979) “¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?” En: Harris, Olivia; Kate Young (Comps). *Antropología y feminismo*. Editorial Anagrama, España. Pp. 109-131.

Oyhantcabal, Laura Mercedes (2019) “El sexo y el género en Judith Butler - Desafíos a una ontología occidental moderna” En: Revista *Aries* (5). En internet: <https://aries.aibr.org/articulo/2019/13/3022/el-sexo-y-el-genero-en-judith-butler-desafios-a-una-ontologia-occidental-moderna> (Consultado Julio 2021)

Oyhantcabal, Laura Mercedes (2020) *Resistir y transformar guiones sexuales: cuerpo, emociones y negociaciones del placer y del deseo en el encuentro heterosexual*. Tesis de Maestría. Universidad de Granada, España. En internet: <https://digibug.ugr.es/handle/10481/63488> (Consultado Julio 2021)

Parker, Richard (1998) “Hacia la economía política del cuerpo: construcción de la masculinidad y la homosexualidad masculina en Brasil”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. FLACSO/UNFPA, Santiago de Chile.

Parker, Richard (1999) *Beneath the Equator. Cultures of desire, male homosexuality, and the emerging gay communities in Brazil*. Routledge, Nueva York.

CAMACHO, GANDOLFI Y OYHANTCABAL. «La tridimensionalidad de la heterosexualidad masculina: entre lo sexual, lo afectivo y lo racional».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 271-300

Parker, Richard (2002) “Cambio de sexualidades: masculinidad y homosexualidad masculina en Brasil” en: *Alteridades*, vol. 12, núm. 23, pp. 49-62.

Rich, Adrienne (1996) “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana” En: *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, (10)

Rostagnol, Susana (2003) “El club de Toby, los espacios entre-hombres en la construcción de la identidad masculina”. En: *Revista AUDEPP* (Asociación Uruguaya de Psicoterapeutas Psicoanalistas) 6 (3): AUDEPP/Trilce, Uruguay. Pp. 27-34.

Rostagnol, Susana; Dos Santos, Ivonne; Espasandín, Victoria (2004) “Varones adolescentes y jóvenes frente a la sexualidad y a la regulación de la fecundidad”. En: *VII Congreso Argentino de Antropología Social*, Argentina

Rostagnol, Susana (2011) *Consumidores de sexo. Un estudio sobre masculinidad y explotación sexual comercial en Montevideo y área metropolitana*. RUDA. Zonali-bros S. A., Uruguay.

Rubin, Gayle. (1975). El tráfico de mujeres. Notas sobre la “economía política” del sexo, en: *Nueva Antropología*, vol. VIII, No. 30, México, 1986.

Segato, Rita (2004). “Antropología y derechos humanos: alteridad y ética en el movimiento de derechos universales”. En: *Derechos humanos: sistema de protección*, Argentina, 2004.

Sívori, Horacio (2004) *Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*. Antropofagia, Argentina.

Valcuende, José María (2006) “De la heterosexualidad a la ciudadanía”. En: *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, España. Pp: 125-142.

Viveros Vigora, Mara (1997) Los estudios sobre lo masculino en América Latina. Una producción teórica emergente en: *Nómadas* (Col) n° 6, s/p.

Viveros Vigora, Mara (2002) *De quebradores y cumplidores*. CES. Universidad Nacional de Colombia, Colombia.

Wittig, Monique (2006) *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Editorial EGALES, España.